

ALFONSO REYES, *Diario I: México, 3 de septiembre de 1911-París, 18 de marzo de 1927*. Ed. de Alfonso Rangel Guerra. F.C.E., México, 2010. *Diario II: París, 19 de marzo de 1927-Buenos Aires, 4 de abril de 1930*. Ed. de Adolfo Castañón. F.C.E., México, 2010. *Diario III: Santos, 5 de abril de 1930-Montevideo, 30 de junio de 1936*. Ed. de Jorge Ruedas de la Serna. F.C.E., México, 2011.

El diario de Alfonso Reyes –del que hasta ahora se han publicado tres tomos– había permanecido inédito, salvaguardado en cuadernos manuscritos. Su publicación actual ha implicado, naturalmente, un gran desafío editorial y crítico. José Luis Martínez (1918-2007), ex director del Fondo de Cultura Económica y editor de los últimos tomos de las *Obras completas* de Reyes, definió los criterios generales de la edición y dividió el material en siete períodos, es decir, en siete editores distintos: 1. 1911-1927 (Alfonso Rangel Guerra); 2. 1927-1930 (Adolfo Castañón); 3. 1930-1936 (Jorge Ruedas de la Serna); 4. 1936-1939 (Alberto Enríquez Perea); 5. 1939-1945 (Javier Garcíadiego Dantán); 6. 1945-1951 (Víctor Díaz Arciniega); 7. 1951-1959 (Fernando Curiel Defossé y Belem Clark de Lara).

Que el proyecto de la publicación del diario de Reyes implique un equipo de siete editores distintos indica el gran reto que significa documentar y precisar diversidad de lugares, personas y referencias intelectuales. Encierra un desafío intelectual y editorial. Reyes, en efecto, se movió por medio mundo. De hecho, los primeros tres tomos de sus diarios podrían ser *diarios de viaje*, porque se escribieron principalmente en cuatro países distintos al suyo: Francia, España, Argentina y Brasil. Abarcan más de veinte años de su vida, de 1911 a 1936, y ciertamente se podría hablar de un viajero –al menos no de un viajero de paso–, sino de alguien que aspiró a conocer a fondo cada país en el que estuvo: “Supo bien aquel arte que ninguno / supo del todo, ni Simbad ni Ulises, / que es pasar de un país a otros países / y estar íntegramente en cada uno”. Así lo dijo Borges en su poema “AR In memoriam”, como una síntesis del auténtico cosmopolitismo. Tal vez Borges se refería al arte del viaje que George Santayana, un filósofo hispano-estadounidense que Reyes leyó con devoción, entendía de otra manera. Santayana sostenía que “el verdadero explorador o naturalista se pone en marcha por interés doméstico; su corazón jamás se desarraiga; y cuantas más artes y costumbres ha asimilado el buen viajero más profundidad y satisfacción hallará en las de su propia tierra”. En una época de intemperantes subjetivismos, Reyes no se propuso aparentar ser el dandi despreocupado o el turista visitante de museos; gran parte de sus viajes –de sus diarios– nacieron del oficio diplomático, es decir, de representar a su país. Y lejos de acusar *mexicanismo* o folclorismo, su oficio consular consistió más bien, según el país en donde viviera, en *españolizarse*, *afrancesarse*, *argentinizarse* o

*brasilizarse*. Tal es lo que late en sus diarios: un afán por asimilar lo mejor y entenderse con individuos de diversas culturas y nacionalidades. A juzgar por las primeras entradas de su diario, fechadas antes de 1913, Reyes apostó desde muy joven por el universalismo. Lo ayudaron también algunos amigos y la reflexión tras el asesinato de su padre, el 9 de febrero de 1913. Adolfo Castañón, quien ha editado el *Diario II*, observa que “acaso pueda rastrearse alguna relación entre la muerte violenta del general Bernardo Reyes y el pacifismo a ultranza del hijo; según éste, en el reino interminable de la cultura, los individuos siempre podían ponerse de acuerdo”. Su amigo dominicano Pedro Henríquez Ureña (la correspondencia que sostuvieron ambos se acerca casi a un diario por la temperatura íntima) le aconsejó no sentirse extranjero en ninguna parte. Reyes aplicó este consejo como una verdad. La entrada del 11 de octubre de 1924, después de un breve regreso a México tras diez años de ausencia en Madrid, reflexionaba en la cubierta del trasatlántico que lo llevaba otra vez a Europa: “...al arte y a la ciencia no les importa ser europeos o americanos, sino dar con la belleza o con la verdad. La geografía cada vez diferencia menos a los hombres, que hoy se comunican tan fácilmente”. Quería decir que la condición migratoria, tan combatida actualmente por los gobiernos del Primer Mundo, contribuye a la paz mundial.

Ahora bien, el reto editorial de publicar estos diarios lleva, de paso, a una pregunta metodológica: ¿en qué consiste y cuáles son los criterios de una edición crítica? El filólogo Karl Lachmann (1783-1851) formuló una ecdótica para evitar los errores que provocaba la peligrosa intuición en la crítica textual. Y Lachmann mediante –o Alberto Blecua mediante, para el caso de la lengua española– cada editor suele también añadir su criterio durante el proceso, es decir, a partir de las cuestiones particulares que presenta cada texto. Alberto Blecua establece dos grandes criterios para la edición crítica. El primero, *recensio*, implica relaciones entre testimonios, análisis histórico y determinación de las variantes; el segundo, *constitutio textus*, es más pragmático y se ocupa de la selección de las variantes, del aparato crítico o corrección de pruebas. La disparidad de criterios en la división del proceso viene determinada por el desarrollo del diario.

Al académico Alfonso Rangel Guerra le correspondió la primera parte del diario, tal vez la más problemática. Va del 3 de septiembre de 1911, en México, al 18 de marzo de 1927, en París. Hay casi diez años de interrupción: del 10 de octubre de 1914, en Madrid, al 4 de julio de 1924, en México. Parte de ese material ya había sido publicado en 1969 por la Universidad de Guanajuato bajo el título *Diario 1911-1939*. Rangel Guerra –también lo hará Adolfo Castañón– necesitó cotejar la edición de Guanajuato con los manuscritos originales en busca de añadidos, retoques o errores. Rangel Guerra se ciñó a las tres secciones en que Reyes pareció dividir esta parte de su *Diario*. En la primera, “Días

aciagos”, narra con mucha tensión los días 15 y 16 de septiembre de 1911, cuando la casa de su padre, situada en la calle Estaciones, número 44, en la ciudad de México, se hallaba sitiada por las fuerzas rebeldes al gobierno. Ocupado en la *constitutio textus*, Rangel Guerra desatiende la *recensio*, es decir, de comentar aquellas páginas irrepetibles sobre la formación del intelectual hispanoamericano en medio de los conflictos civiles. En la segunda parte del *Diario I*, 1912-1914, Reyes relata su exilio en París y sus primeros pasos en Madrid. No hay allí mucho de valor biográfico. Tal vez por eso Rangel Guerra sigue pendiente de la *constitutio textus*, es decir, de sostener que buena parte de lo escrito allí parece un añadido posterior, a juzgar por la letra en que están escritos tales manuscritos. La caligrafía obedece a la de su mujer, Manuela Mota, a quien Reyes seguramente pidió escribir lo que él le dictaba. En el *Diario I* de Reyes no hay, pues, mucho de valor biográfico como no sean ciertos episodios; por ejemplo, la impresión de Reyes al regresar a Madrid, el jueves 23 de octubre de 1924, cuando experimentó la sensación de retornar a casa: “No puedo explicar lo que siento. Se me recibe en casa propia”. En aquella ocasión volvía a España con la misión de llevar mensajes secretos del presidente Obregón al rey Alfonso XIII. También resultan interesantes sus impresiones de París en tiempos de entreguerras, cuando el servicio consular mexicano lo envió allí en 1924. Se alojó algunos meses en una suerte de residencias para ejecutivos o diplomáticos, situada en la rue Hamelin, número 44, nada menos que donde había muerto Proust dos años atrás. A pesar de cierta falta de *recensio*, la edición de Rangel Guerra se enriquece por la inclusión de un manuscrito inédito; también, con la transcripción y traducción de un artículo de periódico sobre Adrienne Monnie, que Reyes había recortado y pegado en su diario. Resulta útil, asimismo, la inclusión de la lista de amigos e instituciones a quienes Reyes repartía sus libros.

¿No se nota por momentos cierta vaguedad y a ratos desgano en la escritura del *Diario I*? En la entrada del 22 de junio de 1947, según cita de Rangel Guerra, Alfonso Reyes reflexionaba sobre su capricho de escribir un diario: “Aunque sigo revolcando papeles viejos, desisto de publicar el *Diario* como tal, aparte de las *Memorias*: es multiplicarlos sin necesidad, y la elaboración de las *Memorias* es más plena e inteligente que la del *Diario*”. Pese a ello, ¿por qué Reyes continuó su diario casi hasta el último año de su vida? No hay que olvidar que él siempre tuvo la certeza de que el escritor debería registrar su experiencia vital (“tasting and recording of experience”, en palabras de Stevenson, a quien tradujo), pues en ello también consiste el problema del arte y el conocimiento. No hay que olvidar tampoco, insiste Adolfo Castañón en la introducción a su edición del *Diario II*, que Reyes en absoluto desconocía su renombre. Sabía que tarde o temprano, tanto su correspondencia como su diario saldrían a la luz. Cuando el 11 de junio de 1927 viajaba de Nueva York a Buenos Aires, el mexicano ya era una

celebridad literaria, claro, en tiempos en que un escritor de renombre tenía tanta fama como un actor de cine. En palabras de Castañón: “El regiomontano de 38 años que aborda el barco Espagne de la Compañía Trasatlántica es una celebridad a la que le mandan flores, un escritor reconocido y un hombre que tiene lectores amigos y amigas. Es el hijo del general Bernardo Reyes, el patricio ilustrado que no puede pasar inadvertido en la vida literaria y social”.

El *Diario II* abarca tres años, de 1927 a 1930, quizás uno de los períodos más ricos en la vida de Reyes. Llegó en 1927 como embajador de México en Argentina, cuando Buenos Aires era una de las ciudades más cosmopolitas del mundo. Gran parte de la cultura literaria en lengua española se daba cita allí –en vista del buen tiempo económico–, y Reyes volvió a encontrarse con algunos de sus amigos o colegas españoles, como Ortega y Gasset, Gómez de la Serna y Enrique Díez-Canedo. Además, conoció a la intelectualidad porteña: a Ricardo Güiraldes, al joven Borges y al joven Bioy alrededor de la revista *Sur*, dirigida por Victoria Ocampo. Y esto –enterarnos cómo conoció a Borges y cuál fue su relación con él y con Ortega y Gasset, por ejemplo– justifican la extensión de los pies de página y de los apéndices que al respecto incluye en su edición Adolfo Castañón. Curtido por más de treinta años en el Fondo de Cultura Económica, también estudioso de Reyes en varias de sus facetas, Castañón pone mucha atención al *recensio* o, en otras palabras, a la discusión, la comparación y el enfrentamiento de pensamientos y visiones distintos. Reyes reprodujo en su *Diario*, a menudo con angustia, todos estos conflictos. Llegó incluso a desesperarse de la vanidad o pretensión de la intelectualidad porteña. Y Castañón, cazador de filigranas, saca provecho a estos apuntes de Reyes para que sirvan también a la historiografía literaria.

Aunque en términos editoriales no cambia el formato del *Diario III* (1930-1936), que llevó a cabo Jorge Ruedas de la Serna –quien alcanzó a ser alumno presencial del último Alfonso Reyes, como Sergio Pitol o José Luis Martínez–, sí cambia el enfoque crítico. La introducción de Ruedas de la Serna, así como sus notas y apéndices, parecen más desenfadas que las anteriores, más desatendidas de la *constitutio textus* y de la *recensio*. Acaso también porque se trata del período de Alfonso Reyes, digámoslo así, más diplomático en todo el sentido de la palabra. De la Serna dice en la Introducción que Reyes, en su diario, “proyecta la actuación pública del diplomático y del intelectual; pero también, y quizás eso sea lo más importante, su vida personal, sus alegrías, sus tristezas, sus conflictos emocionales, sus desalientos, sus debilidades y su disciplina, a veces sobrehumana”. En este *Diario III* relató, por ejemplo, cierto rompimiento con su amigo fraterno, Pedro Henríquez Ureña, a raíz de una carta agresiva en la que el dominicano le cuestionaba falta de seriedad en su trabajo literario. Reyes, según su diario, entró en crisis y hasta pensó en

suspender la publicación de su revista *Monterrey*. En esta parte, pues, aparece el Reyes más sensible.

Este *Diario III* arranca el 6 de mayo de 1930, cuando Reyes presentó credenciales al presidente Washington Luís. En adelante, como si asistiera a otra etapa de su vida, se dedicó en sus ratos de ocio a la vida intelectual en Río de Janeiro. Su diario narra cómo, al terminar alguna reunión diplomática –por ejemplo resolver el conflicto de Leticia entre Perú y Colombia– se retiraba de los salones consulares y se iba a conversar con el poeta colombiano Guillermo Valencia, de quien escribió una defensa contra el ataque que en Bogotá le lanzaban los de la nueva generación de Piedra y Cielo. Conoce también al poeta brasileño Oswald de Andrade, jefe del movimiento “Pau Brasil” y creador de la llamada vertiente antropofágica del vanguardismo brasileño; redactor de manifiestos y polémicas. De la conversación con él renació en Reyes su interés por Montaigne, y el nacimiento de un libro de ensayos-ficciones, *Tren de ondas*, inspirados cada uno de ellos en una frase de los ensayos del francés a guisa de epigramas finales. Publicó el libro en 1932. Ruedas de la Serna tampoco soslaya los apuntes de Reyes sobre su atracción por las mujeres casadas, esposas de los diplomáticos que visitaba. Ellas, a menudo, resultaban pintoras o poetas. Se desvivió, por ejemplo, por Margeritte Barcianu, esposa del encargado de negocios de Rumania en Brasil. También lo fascinó la fuerza telúrica del Brasil, lo mismo que la lengua portuguesa. En su “Aduana lingüística” (5 de agosto de 1933) reprochó a quienes despreciaban el portugués: “¡Pensar que andan por ahí millares de hispanoparlantes asegurando que el portugués, lengua cien veces ilustre, es un castellano estropeado! Y cuando lo han dicho se quedan tan contentos como si acabaran de inventar esa burla ya tan sobada, el más común de los lugares”.

Así, a grandes rasgos, ¿no vivió Reyes, íntegramente, en Brasil y en Argentina, en Francia y en España? Tal vez el gran papel que viene a jugar este *Diario* en la amplísima bibliografía de Reyes es que permite elaborar mejor su biografía. Debería hacerse, en su caso, una *biografía intelectual*, término que surgió hace relativamente poco en la academia francesa, para marcar distancia con la biografía tradicional. Se trata de construir la biografía de Reyes por la correspondencia entre su obra y todo lo que la rodea: los desafíos de su vida sentimental y profesional, las singulares situaciones de su momento histórico, por lo demás marcado por dos guerras mundiales, por el nacimiento del fascismo en Italia y del nazismo en Alemania, por la caída de la república en España y el exilio de varios intelectuales europeos a México y a Argentina. Pocas fuentes podrían aportar datos tan fidedignos como este *Diario*.

SEBASTIÁN PINEDA BUITRAGO  
El Colegio de México